

HIMNO DEL DÍA DEL JUICIO. (C)

Entre las flores de las fértiles hierbas, con el soplo de los vientos resonando en todas las ramas, bajo la sombra de un árbol sombrío, solo y triste, mientras me sentaba, de repente turbado por un amargo lamento, canté estos versos lúgubres con una mente triste.

Recordando los pecados cometidos por mí, las manchas de la vida y el tiempo desagradable de la muerte, el gran día del juicio con su terrible examen, y la ira perpetua del juez severo para los culpables. Y toda la humanidad en lugares separados, las alegrías de los santos y también los castigos de los malvados.

Recordando esto conmigo mismo, dije en un murmullo silencioso: Ahora ruego, ahora fuentes de venas calientes, abríos, mientras golpeo con los puños mi pecho culpable, o mientras extendiendo mis miembros en el suelo, y despierto los dolores merecidos, os ruego, no escatiméis lágrimas derramadas de inmediato, sino que empapad mi rostro triste con gotas saladas. Y revelad el pecado a Cristo con una voz quejumbrosa, que no quede oculto nada de las culpas en el interior del corazón. Que todo se exponga a la luz con palabras claras, los crímenes del corazón, de la lengua y de la carne cruel. Esta es la única salvación del alma y la esperanza cierta del doliente, abrir las heridas con lágrimas al médico supremo. Él que suele sanar a los heridos y liberar a los cautivos. No quiere quebrar con su mano las cañas quebradas, ni apagar los humos tibios del lino con las olas. ¿No te dio el ladrón colgado en la cruz ejemplos de cuánto vale la verdadera confesión del pecado? Él que fue impío hasta la cruz con actos criminales, pero en el momento de la muerte clamó palabras de súplica, y solo con la palabra de fe mereció la salvación, con Cristo entró por las puertas abiertas del paraíso.

¿Por qué, te pregunto, mente, tardas en abrirte completamente al médico? ¿O por qué, lengua, callas, mientras tienes tiempo de pedir perdón? El Omnipotente te escucha ahora con oídos abiertos, vendrá el día en que el juez del mundo venga, deberás entonces rendir cuentas de ti mismo. Te aconsejo que ahora prevengas con lágrimas la ira del juez. ¿Por qué yaces en la suciedad, carne llena de pecados? ¿Por qué no purgas tus pecados con lágrimas abundantes, y no pides para ti los remedios de una curación pacífica? Mientras se te da la gracia de llorar con lágrimas continuas, es útil para ti arrepentirte ahora y llorar es saludable. El juez eterno será apacible contigo como defensor. Y Dios celestial no castiga dos veces los crímenes a nadie, no desprecies los tiempos seguros de perdón para ti. Recuerda cuántos tormentos esperan a los malvados, o cuán temible es el trono elevado desde la cima de los cielos, vendrá el juez a dar la recompensa a todos. ¿Qué señales lo precederán? De repente la tierra temblará, las montañas caerán, y los cerros se derretirán, y el mar confundirá las mentes con un terrible murmullo. Más tristemente el cielo se cubrirá de oscuras tinieblas. Las estrellas caerán y el Titán se oscurecerá en su salida, la pálida luna no proporcionará su lámpara nocturna, y del cielo vendrán señales amenazantes de muerte. Entonces de repente vendrá el poder de los cielos, rodeado de coros angélicos al rey supremo. Él sentado en el trono resplandece sublime en lo alto, ante él seremos llevados, con las multitudes reunidas de todas partes, para que cada uno reciba el juicio de sus obras.

Recuerda aquel temor que entonces ante el tribunal golpeará los corazones de todos con quejas estupefactas. Mientras al mismo tiempo innumerables ejércitos celestiales acompañarán al rey de los cielos, y todos los hombres serán obligados a estar presentes; los que son, los que fueron, los que serán o los que serán en el futuro, y todos los secretos de todos se revelarán a todos. Lo que el corazón, la lengua, las manos hicieron en las oscuras cavernas, y lo que ahora alguien teme que se sepa por vergüenza, entonces será permitido que todos lo sepan abiertamente. Además, el aire se llenará de llamas alimentadoras, el fuego reinará por todas partes con sus riendas rotas. Y donde ahora el aire extiende su vacío seno,

entonces la llama ígnea llenará con sonidos feroces, apresurándose a vengar las causas crueles de los pecados. Ni el ardor vengador se preocupará entonces de perdonar a nadie, a menos que venga allí lavado de todas las inmundicias. Entonces tribus y pueblos golpearán sus pechos culpables con los puños, ambos estarán juntos estupefactos, el pobre y el poderoso, y el miserable y el rico temerán bajo el mismo dominio: el río de fuego atormentará amargamente a los miserables, y los gusanos de los pecados morderán el interior del corazón. Nadie allí confía en sus méritos ante el juez presente, sino que un excesivo terror recorre cada corazón y la multitud impía se asombra con un temor atónito.

¿Qué harás, carne, qué harás en esa hora lamentable, que ahora, ay, miserable, te alegras de servir a la lujuria, y te agitas con los agudos estímulos de tu lujuria, por qué no temerás los tormentos ígneos, preparados desde hace tiempo para los demonios malignos? Que superan los sentidos de todos y las palabras de los hombres, ni voz alguna puede expresar las miserables penas. En los fuegos eternos de la negra gehena, los fríos mezclados con las llamas ardientes. Ahora los ojos lloran con el ardor excesivo del horno, ahora de nuevo los dientes rechinan con el frío excesivo. En estos miserables ciclos los miserables se revuelven para siempre, entre noches oscuras con brea de oscuridad. Donde no suena ninguna voz, excepto el llanto duro por todas partes, donde no se ve ningún rostro excepto el de los torturadores. No se siente allí nada excepto fríos, llamas, el hedor llena las narices con una gran putrefacción. La boca también se llenará de fuego llameante, y los gusanos desgarran los huesos con dientes ígneos. Además, el pecho se tortura con amargas preocupaciones, ¿por qué la carne lujuriosa mereció para sí misma en tan poco tiempo las perpetuas penas en la prisión oscura, donde no brilla ninguna chispa de luz para los miserables? Ni paz, ni piedad, ni siquiera esperanza de descanso, sonrían a los que lloran, huyen todos los consuelos. Nadie prestará ayuda en las amargas circunstancias, ninguna cara de alegría se verá allí. Sino dolor y gemidos, crujir de dientes, pavor y temor horrendo, tedio, tristezas, ira feroz, languidez. Almas errantes, en llamas en la prisión ciega. Entonces cesarán las alegrías nocivas de este siglo, embriaguez, banquetes, risas, petulancia, juego, deseo terrible, lujo tenaz, lujuria criminal, sueño inerte, y pereza pesada, desidia perezosa, todo lo que ahora la delectación de la carne incita, y sumerge la mente en la ciega vorágine de los pecados. Entonces sumergirá a los miserables en llamas ciegas sin fin. ¡Feliz, oh demasiado feliz, y siempre feliz por los siglos, quien escape de esas calamidades de castigos, y se regocije con los santos por todos los siglos! Unido a Cristo poseerá los reinos celestiales. Donde ninguna noche arrebató el esplendor de la luz agradable, no vendrá dolor ni gemido, ni vejez cansada, ni sed, ni hambre, ni sueño, ni trabajo alguno. No fiebre, enfermedades, calamidades, ni fríos, ni llamas, tedios, tristezas, preocupaciones, tormentos, ruinas, rayos, tormentas, invierno, truenos, nieve, granizo, tormenta, angustia, pobreza, tristeza, muerte, caída, escasez. Sino que reina la paz y la piedad, la bondad, la opulencia, alegrías, gozos, virtud, luz, vida eterna, gloria, alabanza, descanso, honor y dulce concordia, además de todo bien que Dios mismo ministra a todos. Siempre está presente, a todos cuida, llena, honra, glorifica, guarda, venera, ama, adorna, coloca en el Trono Alto, y en el asiento de los cielos, entregando premios celestiales con dones perpetuos. Entre las huestes angélicas y las cohortes santas. Unidos a los patriarcas y profetas vaticinadores, entre las cumbres apostólicas con almas gozosas. Y entre los campamentos resplandecientes con triunfos rosados, en medio de las huestes vírgenes con flores blancas. Que lleva la alma Madre de Dios, la piadosa virgen María, por los reinos benditos del Padre preparados resplandecientes, entre los santos de la Iglesia, hijos y padres, y entre el senado celestial en paz celestial.

¿Qué, te pregunto, qué duro se concede en este siglo, para que se permita habitar entre esas cohortes, y siempre gozar en las moradas bienaventuradas de los cielos? Que te proteja a ti,

prole queridísima de Cristo, y te haga siempre bienaventurada sin fin, y a mí me encomiendes a Cristo con tus benignas oraciones.

(Oración a Dios.)

Rey Dios, en quien se sostiene la máquina del mundo inmenso, que imploro misericordiosamente por Cristo: Da un sentido vigilante, Rey de reyes que gobiernas todo, da, te ruego, ingenio, da luz honesta de mente. Que tenga una fe recta, y que se oponga a las sectas falsas, que tenga principalmente corrección de costumbres presente, sea querido, humilde, veraz, prudente con el tiempo, silencioso en secreto, y cauteloso con el rayo de la lengua, da un compañero fiel, da un amigo siempre firme.